

LINNEA HARTSUYKER

EL REY
MEDIO
AHOGADO



novela

salamandra

Traducción del inglés de
Javier Guerrero

Título original: *The Half-Drowned King*

Ilustración de la cubierta: Patrick Arrasmith
Diseño de la cubierta basado en el diseño original de Milan Bozic

Copyright © Linnea Hartsuyker, 2017
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7^a 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-871-8
Depósito legal: B-7.936-2018

1^a edición, junio de 2018
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

El rey medio ahogado

Noruega, h. siglo IX



Ilustrado por Laura Harman Maestro © 2017

1



Ragnvald danzaba, saltando de un remo a otro, mientras la tripulación bogaba. Algunos mantenían los remos firmes para ponérselo más fácil; otros trataban de hacerlo caer cuando aterrizaba en los suyos. El viento de las montañas, un soplo del persistente invierno, arreciaba desde el fiordo, silbando entre los árboles que se alineaban a lo largo de los acantilados. Sin embargo, bajo aquel sol radiante, Ragnvald tenía calor con su camisa de lana y sus gruesos pantalones. Había llevado esa ropa a lo largo de toda la travesía de regreso por el mar del Norte, a través de las tormentas y las brumas que separaban Irlanda de su hogar.

Se asió al mascarón de proa y se tomó un instante para recuperar el aliento.

—¡Vuelve! —le gritó Solvi—. ¡Te agarras a ese dragón como una mujer!

Ragnvald respiró hondo y saltó una vez más hasta el primer remo. En esa posición bogaba su amigo Egil, con su cabello blanqueado brillando al sol. Egil le sonrió: no lo dejaría caer. Ragnvald perdió un poco el equilibrio al saltar hacia la popa, contra la dirección del movimiento de los remos y deslumbrado por el sol. Avanzó más deprisa esta vez, tambaleándose, resbalando; cada movimiento ascendente lo atrapaba y lo impulsaba hacia el siguiente remo, hasta que volvió a alcanzar la popa y se columpió en la regala para alcanzar la estabilidad de la cubierta.

Solvi había ofrecido un brazalete de oro a quien consiguiera hacer todo el camino de ida y vuelta por el exterior de la eslora del barco, saltando de remo en remo mientras los hombres bogaban. Ragnvald había sido el primero en intentarlo; sabía que Solvi valoraba la audacia. Ya a salvo en cubierta, pensó que su exhibición estaría entre las mejores, difícil de batir, y sonrió. Una estrella de la suerte había iluminado su camino durante toda la travesía, guiándolo por fin lejos de su severo padrastro. No había sucumbido a la enfermedad en Irlanda, donde tantos otros habían muerto, y se había ganado un lugar en el barco de Solvi para otra expedición estival. Durante el invierno, sus largas piernas habían crecido aún más, pero ya no tropezaba a cada paso. A ver quién era capaz de igualar su carrera.

—Bien hecho —lo felicitó Solvi, dándole una palmada en la espalda—. ¿Quién retará a Ragnvald Eysteinnsson?

Uno de los hombres de la toldilla de proa saltó a continuación. Ulfarr era un guerrero hecho y derecho, de hombros mucho más anchos que los de Ragnvald, con una larga melena rubia por la sustancia que usaba para aclararse el cabello.

—¡Este es un juego para jóvenes, Ulfarr! —le gritó Solvi—. Llevas demasiadas joyas. La diosa Ran te querrá para ella.

Ulfarr apenas pudo dar unos pasos sobre los remos antes de resbalar y caer al agua con estrépito. Salió a la superficie resoplando por el frío y se aferró a uno de los remos. Solvi se echó a reír.

—¡Subidme, maldita sea! —gritó Ulfarr.

Ragnvald le tendió la mano y lo ayudó a subir a bordo. Ulfarr se sacudió el agua del mar como un perro mojado y dejó empapado a Ragnvald.

El siguiente en probar suerte fue Egil. Al trepar a la borda, operación que requería cierta habilidad, parecía una grulla desgarrada y torpe. Mientras lo observaba, Ragnvald hizo una mueca. Pero Egil no perdió pie hasta casi alcanzar la proa, y aun entonces consiguió agarrarse y sólo se mojó las botas antes de que Ragnvald lo ayudara a subir de nuevo a bordo.

Ragnvald se acomodó sobre una pila de pieles para observar cómo iban tropezando y remojándose el resto de sus competidores.

Las altas paredes del fiordo desfilaban ante ellos. La nieve de la gran cordillera de Noruega se fundía y se precipitaba por las pare-

des de los acantilados en cascadas que captaban la luz solar en una sucesión de arcoíris. Las focas, rechonchas y lustrosas, tomaban el sol en las rocas, al pie de los peñascos. Observaban el paso de los barcos con curiosidad y sin temor alguno. Los *drakkar* cazaban hombres, no pieles.

Solvi permanecía de pie en la popa. Aplaudía las buenas intenciones y se reía de las mediocres. Sin embargo, daba la impresión de estar dedicando sólo la mitad de su atención a la carrera; sus ojos no dejaban de vigilar los acantilados y las cascadas. Había mostrado la misma cautela durante las incursiones, y eso había salvado en más de una ocasión a sus hombres de los guerreros irlandeses, que peleaban casi tan bien como los nórdicos.

Ragnvald se había pasado todo el viaje estudiando a Solvi, pues en verdad era digno de estudio: era listo y, al mismo tiempo, sabía ganarse el afecto de sus hombres. Ragnvald nunca había pensado que encontraría esas cualidades en un solo hombre; los fanfarrones y los bebedores casi siempre contaban con numerosos amigos, pero eran demasiado descuidados para sobrevivir mucho tiempo como guerreros. El padre de Ragnvald, Eystein, había sido así. Durante la travesía, todos los hombres de Solvi habían contado historias de Eystein, aparentemente decepcionados por el hecho de que Ragnvald no se pareciera más a él; un hombre cuyas historias todavía se recordaban después de una década, un hombre que abandonaba su deber cuando lo creía oportuno.

Solvi se rió al ver que, tras otra intentona y otra caída, uno de sus hombres trepaba chorreando por la borda y se derrumbaba en la cubierta jadeando por el frío. Solvi tenía el rostro enjuto y atractivo, con pómulos prominentes, colorados como manzanas maduras. De niño había sufrido graves quemaduras en las piernas al derramársele encima el contenido de un caldero que, según se rumoreaba, había dejado caer una de las otras esposas del rey Hunthiof, celosa de la consideración que éste mostraba hacia la madre de Solvi. Sus piernas se habían curado bien —Solvi se contaba entre los más fieros luchadores que Ragnvald había visto jamás—, pero las tenía un tanto arqueadas y torcidas, y más cortas de lo normal. Los hombres lo llamaban Solvi Klofe, Solvi el Paticorto, un apelativo que le hacía sonreír con orgullo, al menos cuando lo utilizaban sus amigos.

Al otro lado del barco, otro guerrero saltó y estuvo a punto de caer. Solvi rió y movió uno de los remos para tratar de desequilibrarlo. Quedaban pocos hombres para desafiar la proeza de Ragnvald. El hijo del piloto, delgado y con el paso seguro de una cabra montesa, era el único, aparte de él, que había completado el reto danzando de popa a proa y volviendo al punto de partida.

Detrás de ellos navegaban las otras cinco embarcaciones que todavía formaban parte de la pequeña flota de Solvi. Otras se habían desviado ya en diferentes puntos para devolver a los muchachos a sus granjas y a los pescadores a sus barcas. Antes de eso, más embarcaciones habían tomado otros derroteros para dirigirse a las islas del pasaje interior, donde sus capitanes se denominaban reyes del mar, aunque sus reinos no poseían más que rocas, estrechas ensenadas y hombres que acudían en tropel a sus llamadas al saqueo. El padre de Solvi también se autodenominaba rey del mar, porque, aunque exigía el pago de impuestos a los campesinos de Maer, rechazaba los demás deberes propios de un rey y no poseía ninguna granja en Tafjord.

El año acababa de empezar, y había tiempo más que suficiente para otra expedición por el Atlántico Norte hasta la llegada del invierno, o para una breve incursión estival por las desprotegidas costas de Frisia. De todos modos, Ragnvald estaba contento de regresar a casa. Su hermana Svanhild y el resto de su familia lo esperaban más allá de las estribaciones del Kjølen, lo mismo que su prometida, Hilda Hrolfsdatter. Ragnvald había conseguido un par de broches de cobre para Hilda, fabricados por los herreros escandinavos de Dublín. El rey escandinavo de allí se los había ofrecido como recompensa por dirigir una osada incursión contra una aldea irlandesa. Le quedarían bien a Hilda, con su altura y su melena pelirroja. Llegado el momento, ella supervisaría la *skali*, el salón comunal que pensaba construir en el lugar donde se había quemado el de su padre. Para entonces, Ragnvald sería ya un guerrero experimentado, tan fuerte y musculoso como Ulfarr, y luciría su riqueza en su cinturón y sus brazaletes. Hilda le daría hijos altos, muchachos a los que él enseñaría a luchar.

Ragnvald pensaba reclamarla en el *ting* ese mismo verano, cuando se reunieran las familias del distrito de Sogn. Su familia y la de Hilda ya se habían puesto de acuerdo, aunque todavía no

habían celebrado la ceremonia de esponsales. Él había demostrado su valor en las incursiones y había ganado riquezas con las que comprar más esclavos para que trabajaran en la granja de Ardal. Ahora que había cumplido veinte años y era todo un hombre, podría casarse con Hilda. Su padrastro ya no tendría ninguna razón para negarle lo que era suyo por derecho de nacimiento: las tierras de su padre.

Durante el invierno, también había conseguido un collar de plata que le sentaría estupendamente a Svanhild. Ella se reiría y fingiría que no le gustaba —¿para qué quería un collar de plata si se pasaba el tiempo cuidando vacas?—, pero le brillarían los ojos y se lo pondría todos los días.

Solvi llamó a Ragnvald y al hijo del piloto. Se tocó el grueso brazaletes de oro con incrustaciones de cornalina y lapislázuli, fabricado por herreros de Dublín. Un adorno de rey. Si pretendía regalarlo, desde luego era un señor generoso.

—Tengo brazaletes suficientes para ambos, pero preferiría ver cómo uno de los dos acaba cayendo al agua —dijo Solvi.

Sonrió al hijo del piloto, como si Ragnvald no estuviera allí. Bueno, ya se fijaría en él después de esa última carrera, Ragnvald se aseguraría de ello.

—El que regrese antes a la popa se lleva el brazaletes —continuó Solvi—. Ragnvald, tú por estribor. —Esta vez sus miradas se cruzaron.

Un soplo de brisa erizó la piel de Ragnvald. Prefería el lado de babor, y Solvi lo sabía. Había notado muchas veces esos extraños cambios de humor hacia él durante la expedición; en un momento dado, Solvi parecía valorarlo, aconsejarle y elogiarlo, y un instante después se olvidaba de su existencia. En ese sentido, se parecía a Olaf, su padrastro. Con Olaf, eso significaba que tenía que esforzarse más para obtener su atención, ser perfecto en todo lo que hacía. No estaba seguro de lo que significaba en el caso de Solvi.

Ragnvald sacudió los hombros y estiró las piernas, que se le habían entumecido de estar sentado. Trepó sobre la borda y retó con la mirada al hijo del piloto, al otro lado de la embarcación. Danzar sobre los remos requería mantener el equilibrio, con el riesgo permanente de caerse antes de recuperar la estabilidad y con otro remo siempre a punto de desaparecer bajo los pies. Ragnvald

debía confiar en su cuerpo y en el ritmo de las paladas, prestar atención a las variaciones entre el tirón de un hombre y el del siguiente, mientras un remo se hundía profundamente en el agua y otro se deslizaba por la superficie sin apenas sumergirse. Agni, el hijo del piloto, era más pequeño y más rápido que él. Se había criado a bordo de un barco, así que sería difícil vencerlo.

Solvi dio la orden para que empezara la competición, y Ragnvald se puso en marcha. Ahora que le había pillado el truco, no tendría que tocar todos los remos. Saltó en sincronía con las paladas, dejando que el movimiento lo propulsara hacia delante. El viento era más fuerte y hacía que el barco se moviera con rigidez sobre olas más altas.

Ragnvald alcanzó la proa una vez más, por delante del hijo del piloto. Dio la vuelta y recorrió los remos de nuevo, pero, cuando ya casi había alcanzado el remo del timonel, Solvi gritó:

—¡Ya basta!

Ragnvald alargó una mano hacia la borda del barco, preparándose para trepar a cubierta, donde podría ayudar con la pesada vela de lana. Sabía que Solvi necesitaría a todos los hombres para colocarla en su lugar y orientarla contra el viento.

—Tú no —dijo Solvi.

Estaba muy cerca de Ragnvald. No podía referirse más que a él. De pronto, los remos que los hombres sostenían desaparecieron de debajo de sus pies. El mar sobre el que había danzado con tanta seguridad hacía apenas un instante le golpeó las piernas y pareció tirar de ellas. El agua fría le empapó los pantalones. Se aferró a las planchas de madera de la regala y miró a los hombres que sostenían los remos de aquel lado. Los que llegaron a cruzar su mirada con él la apartaron enseguida.

—¡Ayudadme a subir! —gritó Ragnvald.

No podía creer que Solvi pretendiera tirarlo por la borda.

—¡Ayúdame! —gritó de nuevo, en esta ocasión al único amigo en el que aún podía confiar—. ¡Egil, ayúdame!

Su amigo pareció desconcertado por un momento y empezó a dirigirse hacia él, pero los hombres de Solvi juntaron los hombros y le cerraron el paso en el estrecho extremo del barco.

El borde de la regala a la que Ragnvald se había aferrado se le clavaba en los brazos. Todavía estaba pugnando por encontrar un

punto de apoyo cuando, de pronto, vio que Solvi empezaba a sacar la daga del cinturón.

—Preferiría no hacerlo —dijo Solvi—, pero...

—¿Qué? —gritó Ragnvald—. ¡Espera, no lo hagas! ¡Súbeme!

Solvi mostraba una expresión decidida y dura; toda muestra de bondad había desaparecido de su rostro. Ragnvald se quedó paralizado cuando vio cómo desenfundaba la daga y arremetía contra su garganta. Se apartó para esquivarla, pero la hoja le sajó la mejilla.

El dolor lo sacó de su parálisis. La sangre le latía en las sienes. Egil no iba a ayudarlo, no podía atravesar el muro que habían formado los guerreros de Solvi. Al menos todavía tenía la espada; estaba tan acostumbrado a llevarla que la había mantenido en el cinturón para equilibrarse durante la carrera. Soltó una mano y cogió la empuñadura del arma, pero no logró desenvainarla desde ese ángulo. Se agarró a la borda de nuevo y se propulsó por detrás del codaste, con la espada enganchada entre el cuerpo y la tabla-zón del barco.

Solvi lo sujetó por la muñeca y trató de subirlo para clavarle la daga, mientras Ragnvald sacudía los pies, buscando todavía un punto de apoyo. Solvi resopló por el esfuerzo y arremetió con su arma otra vez, pero Ragnvald se dejó caer con todo su peso, con la esperanza de que Solvi no pudiera con él y tuviera que soltarlo sin asestarle el golpe mortal. Pataleó contra el lateral del barco, desesperado por zafarse, y Solvi se inclinó hacia delante aferrándose a él, con la mitad del cuerpo sobre la borda. Logró hacerle otro corte, esta vez en el cuello, y entonces lo soltó para no verse arrastrado a su vez por encima de la borda.

Ragnvald ahogó un grito al notar el agua helada en el rostro. Respiró y se atragantó. Le escocían las heridas por la sal, pero aquel dolor no era nada comparado con las desgarradoras cuchilladas del frío en sus miembros y la sorpresa por la traición de Solvi. La corriente era fuerte en aquella parte del fiordo, y lo alejaría del barco si se dejaba llevar. Se quedó inmóvil, asomando apenas la boca en la superficie, y contó hasta cien antes de sacar la cabeza del agua y abrir los ojos.

La corriente lo había arrastrado casi hasta los remos del siguiente barco de la flota. Sonaban risas en él, igual que antes en el

barco de Solvi. Ragnvald alzó la cabeza y sacó un brazo del agua. Había luchado junto a esos hombres, habían defendido conjuntamente un fuerte en la costa durante un invierno largo y cruel, y habían compartido mujeres después del fragor de la batalla. Deberían ayudarlo.

Entonces se acordó de los hombres que le habían bloqueado el paso a Egil. Solvi no era el único implicado. El día anterior, no habría puesto en duda que esos guerreros arriesgarían su vida para salvar la suya, como él lo habría hecho por ellos, pero, si no podía confiar en Solvi, ¿cómo podía estar seguro de los demás? Dejó que la corriente lo arrastrara lejos del barco, sin gritar.

El frío entumecía sus miembros. Le castañeteaban los dientes. Toda su ira contra Solvi parecía lejana, perdida en el agua junto con el calor de su cuerpo. El frío lo alejaba de sí mismo. Se llevó la lengua a la mejilla herida, y notó el gusto salado y ferroso de la sangre mezclado con el del agua salobre del fiordo. Solvi le había hecho varios cortes en la cara, pero su boca seguía entera. Dio gracias a los dioses por esa pequeña muestra de clemencia.

Había visto ulcerarse y pudrirse una herida igual que aquella —mejilla y boca partidas por el hacha de un monje— hasta tal extremo que el guerrero, con la cara casi desaparecida, gritaba de dolor entre pesadillas febriles. Ragnvald habría preferido volver hasta el barco de Solvi y permitir que lo matara antes que sucumbir a ese destino. Al menos entonces encontraría el Valhalla en la muerte, en lugar de uno de los fríos y apestosos infiernos de los cobardes caídos.

El sol se puso con rapidez tras la línea de acantilados, y el aire, que le había parecido cálido comparado con las frías aguas, le congeló el rostro. Notaba los miembros cada vez más pesados y entumecidos, mientras su cuerpo se precipitaba a través del frío hasta el umbral desolado que esperaba más allá. Podría deslizarse con facilidad hacia la muerte, y nadie sabría dónde yacería su cuerpo. Sería una muerte casi tan vergonzosa como la causada por la fiebre. Podría haber luchado para volver a subir al barco, pero había optado por el camino de los cobardes y se había hecho el muerto en lugar de afrontar esa batalla desigual. Olaf, su padrastro, no se había equivocado: Ragnvald no estaba preparado para destacar entre guerreros, y nunca lo estaría.

La ropa de lana le pesaba y lo arrastraba hacia el fondo. Trató de nadar hacia la costa, pero la corriente en el centro del fiordo era rápida y potente y ofrecía resistencia a los movimientos de sus brazos. Algo le tiró del tobillo: los dedos helados y atenzadores de Ran, diosa del mar y de los naufragios, se lo llevaban hacia su gélido salón de banquetes.

No parecía una muerte tan terrible, tal vez era mejor que yacer solo para siempre como un cuerpo frío en un túmulo, porque el salón de Ran estaba lleno de marineros y pescadores. Ragnvald los vio, levantando cuernos llenos de agua de mar en un brindis lento y silencioso. Todos los barcos hundidos sacrificaban sus tesoros a la diosa del mar, cuyos guerreros recorrían el fondo para recuperarlos. Algunos haces de luz se reflejaban en el oro que adornaba su salón y se filtraban hacia el lugar donde Ragnvald flotaba.

Contempló maravillado las cambiantes formas del fondo. Formas de oscuridad y luz. Los altos techos del salón estaban decorados con redes doradas. Una doncella marina le tomó el brazo y lo guió hacia ese festín glacial. ¿Es éste mi lugar?, preguntó él. ¿Comeré pescado todos los días? ¿Yo también ahogaré a navegantes?

Las agallas del cuello de la doncella aletearon. Hizo sentar a Ragnvald en un banco, delante de un gran fuego que no daba calor y que ardía con llamas azules y verdes. No sabía cuánto tiempo estuvo allí, junto a esa anfitriona silenciosa. Las doncellas marinas le llevaban comida y bebida, pero todo sabía a sal, todo olía a pescado. Y tenía frío, mucho frío.

Entonces se abrieron las grandes puertas y entró un lobo enorme de ojos azules y pelo dorado, del que saltaban chispas. Avanzó con pasos lentos a lo largo del salón. Cuando tocaba algo con el hocico, algunos hombres ardían; otros, sin embargo, parecían revivir, perdiendo aquella capa verdosa de agua de mar. Ragnvald lo vio pasar entre los hombres y se preguntó si le concedería una muerte cenicienta o una gloria refulgente. Cuando el lobo llegó a su lado, vio que su pelo estaba apelmazado y apagado en algunos lugares. Tendió la mano hacia él y, al tocarlo, el pelo se hizo brillante y resplandeciente como metal recién forjado. Los ojos del lobo eran del azul de un cielo estival, y el tacto de su pelo era tan cálido que Ragnvald apenas se fijó en las llamas que trepaban por sus dedos, por sus antebrazos, calentándolo sólo levemente, cuan-

do en el resto del salón habían consumido sin piedad carne y madera. Se acercó más y abrazó al lobo. La lengua de fuego del animal le lamió la herida del cuello y le llenó la visión de llamas azules. Sabía que el abrazo de aquel lobo podía destruirlo allí mismo, y sin embargo no podía hacer otra cosa que afrontar su muerte.

Aquella no podía ser una muerte indigna, junto a ese lobo enviado por los dioses. Quería entregarse a ella, pero entonces algo tiró de su tobillo. En esta ocasión, por contra, no se trataba de los gélidos dedos de las doncellas de Ran, porque ya se encontraba en sus dominios. Se resistió cuanto pudo, gritando y protestando, mientras unas manos fuertes lo sujetaban y lo sacaban del agua.

2



Un fuerte crujido despertó a Svanhild de un sueño profundo. La joven se incorporó de golpe y se quedó sentada en su catre. El mismo sonido la había despertado un mes antes, cuando llegaron los saqueadores. Acudieron en plena noche, rodearon el gran salón y se mantuvieron en silencio hasta que un hachazo en la puerta del granero marcó el inicio de su ataque.

Bajo el alero, a través de las rendijas del tejado cubierto de hierba, se filtraban unos débiles haces de luz. La madrastra de Svanhild, Vigdis —la esposa favorita de su padrastro—, seguía durmiendo en el catre, a su lado. Vigdis sonreía en sueños. Tenía motivos para ello. Seguía siendo guapa y no estaba sometida a las muchas humillaciones que Olaf infligía a la madre de Svanhild, con quien sólo se había casado por sentirse en deuda con un amigo muerto.

Svanhild prestó atención por si captaba los mismos sonidos que había oído aquella otra noche: las voces graves de los hombres, la agitación de las vacas. Esta vez no oyó nada de eso. Percibió el olor del humo, pero no era el aroma dulce y aterrador del heno quemado, sino el fuerte olor de la leña medio seca que alimentaba el fuego de la cocina. Aquel crujido provenía de la sala. Luta, la sirvienta, estaba partiendo ramitas sobre las ascuas para reavivar el fuego. Svanhild respiró hondo. El nuevo día no llegaba acompañado de la muerte.

Por debajo del humo, el aire olía a fresco, a luz del sol y a brotes nuevos. Svanhild se cubrió el rostro con las pieles para disfrutar de un último momento de paz antes de saltar de su camastro y ponerse los zapatos. Tenía un buen sitio, cerca del fuego, con un colchón de plumas en lugar de juncos. Tanto ella como las otras mujeres quedaban protegidas de las miradas de los hombres por una cortina. Su padraastro, Olaf, tenía un aposento para él y para la mujer con la que eligiera compartirlo; por lo general, era Vigdis, aunque no aquella noche. El resto de los casi treinta residentes de la granja —los esclavos y los sirvientes libres, y algunos de los hombres de armas de Olaf— dormían en los largos y amplios bancos que se alineaban en el salón comunal, los mismos bancos que abarrotaban los granjeros más pobres en las celebraciones de fin de año. La mañana no seguiría tan tranquila durante mucho tiempo.

En la cocina, Ascrida, la madre de Svanhild, ya estaba supervisando el desayuno, que aquella mañana sólo consistía en avena hervida en leche y moras secas de los pantanos. Ascrida, que nunca estaba satisfecha con el trabajo de los demás, removía con un palo el fuego que un esclavo había encendido.

Ascrida se levantó y sonrió cuando Svanhild se acercó a ella, arreglándose el pelo. Cuando se lo dejaba suelto, le caía hasta por debajo de la cintura, fino como la angora; pero por la noche se le había deshecho la trenza y ahora se lo estaba recogiendo.

—Ven, déjame a mí, niña.

Ascrida se secó las manos en el mandil y colocó los mechones sueltos detrás de las orejas de su hija. Svanhild sonrió tímidamente, contenta de que su madre pareciera feliz aquella mañana. Había días en los que se encerraba en sí misma, sobre todo desde que Ragnvald se había ido. Apenas hablaba con nadie y llevaba el pelo despeinado y suelto, desgredado, sucio y fuera de la toca. Svanhild nunca sabía qué provocaba ese mal humor, e incluso en aquel momento se acercó a ella con cautela. En vida de Eystein, su madre también estaba siempre vigilante, preocupada. Al hacerse mayor y oír más historias sobre su padre, Svanhild comprendió que un hombre descuidado como él debía tener una mujer prudente. Su padre había muerto cuando ella sólo tenía cinco años, y su amigo Olaf se había hecho cargo de su mujer y su granja. Sin embargo,

ahora que Ragnvald había alcanzado la mayoría de edad, le correspondería a él y no a Olaf decidir el destino de Svanhild, y su hermano le había asegurado que volvería a casa con noticias de algún marido dispuesto a llevársela de allí.

Por suerte, los días ya eran lo bastante largos como para que Svanhild no tuviera que pasarlos dentro, hilando lana sin lavar para las velas de los barcos. Sus dedos no se estropearían tanto si le permitieran hacer un trabajo más fino, pero ni Vigdis ni Ascrida confiaban en ella para los respuntes que requerían los vestidos. Sus túnicas parecían cosidas por una niña campesina, decía Ascrida; ni siquiera los sirvientes de Olaf iban vestidos así. Más le valía limitarse a la interminable tarea de cardar la basta lana para las velas. Esa lana sólo tenía que ser fuerte, no bonita, y Svanhild había tomado buena nota de ello.

—Debo ocuparme de las vacas —dijo Svanhild.

Cogió un puñado de bayas de la olla de esteatita en la que Ascrida las había puesto. Las semillas crujieron entre sus dientes, recordándole el ruido que la había despertado. El mar de hielo ya se estaría rompiendo, y Ragnvald pronto regresaría a casa. Necesitarían su espada si volvían los saqueadores.

Svanhild echaba mucho de menos a su hermano. Aunque se llevaban cinco años, siempre se había sentido más unida a él que a su hermanastro Sigurd, sólo un año mayor que ella. En los días terribles que conformaban sus primeros recuerdos, después de que Olaf trajera la noticia de que habían matado a su padre, después de que los saqueadores quemaran su primera casa, su madre siempre se quedaba sentada, demasiado conmocionada y aturdida para hacer nada. Fue Ragnvald quien, con sólo diez años, consoló a su hermana. Se la llevó al bosque y le mostró dónde hacían sus madrigueras las ardillas, en un agujero en las raíces de un gran roble. Los dos se sentaron a esperar a que la ardilla madre apareciera con sus pequeños.

—Es como el árbol del mundo que sostiene toda la creación —le contó Ragnvald—. Las ardillas llevan noticias de la serpiente de las raíces al águila de las copas, donde descansa Odín. Las ardillas son las mensajeras del bosque. Obsévalas. Si no consigues verlas, es que el mensaje que llevan es la muerte, y en ese caso debes ocultarte.

—Si no consigo verlas —repuso Svanhild, tratando de sacar a Ragnvald de su solemnidad—, ¿cómo pueden llevar un mensaje?

Pero aquellos consejos y muchos otros le resultaban muy útiles cuando iba al bosque a recoger setas y a atrapar pequeños animales para hacerse con sus pieles; la mantenían a salvo de los depredadores que caminaban a cuatro patas, y también de los que lo hacían a dos.

Svanhild salió del salón y se dirigió al establo, en el extremo norte de la granja. Ahora que Ragnvald se había ido y Svanhild era casi adulta, pasaba más tiempo con las vacas que en el bosque. Las vacas le gustaban porque no hablaban ni discutían, y sobre todo porque no le daban órdenes. Cuando abrió la puerta mostraron su impaciencia con algunos ruidos. En esa época del año aún estaban recuperándose tras casi morir de inanición durante el invierno, así que siempre tenían hambre.

Cuando Svanhild estaba sacando las vacas del establo, el hijo adoptivo de Olaf, Einar, salió por la puerta de la cocina. Caminó con impaciencia hacia ella, tan deprisa como le permitía su cojera. Svanhild lo saludó.

—¿Tu madre te deja salir tan temprano? —preguntó Einar con una sonrisa.

No resultaba muy atractivo con esa cojera, pero era joven y tenía los músculos muy desarrollados por la clase de trabajo que hacía. Su sonrisa era agradable y sosegada, tímida y especialmente seductora por lo poco que la mostraba. Todo hombre libre debería saber cómo forjar una espada, hacer un escudo, construir un barco, preparar una trampa y defenderse con una espada, una daga y un hacha, pero algunos hombres poseían más talento que otros para las artes del yunque y el martillo. Einar era uno de ellos. Al morir de tosferina el viejo herrero, tres inviernos atrás, Einar se había hecho cargo de la herrería de la granja a pesar de su juventud.

Svanhild se revolvió el pelo.

—Puede que sí.

—¿Y si vienen saqueadores? —preguntó Einar.

Svanhild sintió un escalofrío.

—Si vienen saqueadores, los enviaré a casa de Thorkell —contestó.

Thorkell, primo de Olaf, era un tipo enorme, famoso por haber echado de su tierra, él solo, a varios ladrones de vacas. Últimamente había estado insinuando que quería a Svanhild como nueva esposa, para él o para su primogénito, cuando ella alcanzara la edad necesaria.

—Tal vez así acaben matándose unos a otros —añadió la joven.

Einar se acercó.

—¿Y si vienen a por ti, bella doncella?

Svanhild titubeó. El flirteo de Einar la hizo sentirse incómoda. Ragnvald había prometido encontrar entre los hombres de Solvi a un guerrero fuerte y joven para que se casara con ella, y Svanhild tenía la esperanza de que se tratara del hijo de un *jarl*. Su padre había sido *jarl* de Ardal y de las granjas circundantes. Su abuelo había sido rey de Sogn. Ella podía aspirar a algo más que un pobre herrero, por muy azules que tuviera los ojos o por muy anchos que tuviera los hombros. Aun así, Einar le gustaba. Él y Ragnvald habían sido como hermanos durante su infancia, y Einar era un compañero bueno y amable, incluso con su cojera.

Si Ragnvald no volvía, Svanhild preferiría ser la novia de Einar antes que la de Thorkell. Éste ya había enterrado a tres esposas, que habían muerto al dar a luz a alguno de sus hijos. No sabía qué alternativas le ofrecería Olaf. La ley dictaba que su tutor podía elegir un marido para ella, y la única posibilidad que le quedaría a Svanhild sería divorciarse después. Aun así, tras un divorcio no tendría casa ni más riqueza que la dote que le concediera Olaf, y además podría provocar la enemistad entre su familia y la de Thorkell. Si Olaf era tan cruel como para casarla con alguien que le desagradaba, esperaba que al menos no quisiera correr ese riesgo.

—Pues me iré con ellos —dijo Svanhild—, probablemente se pelearán menos que Vigdis y mi madre.

Einar no tenía nada que decir de eso —Vigdis era su tía, y Olaf, su padre adoptivo desde hacía siete años—, pero hizo una mueca.

—¿Crees que Ragnvald volverá pronto a casa? —preguntó la muchacha.

Las pupilas de Einar perdieron su brillo provocador. Dirigió la mirada más allá de Svanhild, hacia su herrería.

—Creo que sería mejor que no volviera. Muchos hombres han encontrado tierras y esposas en Islandia y las islas del sur —dijo,

refiriéndose a las Orcadas—. A Ragnvald le convendría hacer lo mismo. Si regresa, ¿se lo harás saber?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Svanhild—. Ésta es la tierra de nuestro padre. La tierra de Ragnvald. Olaf prometió...

No recordaba muy bien lo que había prometido Olaf; Ragnvald le había dicho, desde que ella tenía uso de razón, que Olaf sólo conservaba la tierra de su padre en usufructo. No estaba segura de las cuestiones legales, pero Ragnvald había afirmado que, si Olaf quería quedarse la tierra para él, tendría que defender su vergonzosa posición ante el *ting* de Sogn, ante hombres que conocían a la familia de Ragnvald desde hacía mucho tiempo y sabían que la tierra les pertenecía.

Einar parecía incómodo, y con razón, pues cualquier conflicto lo situaría entre Olaf y sus hermanastros. Sin embargo, a Svanhild eso le importaba poco; Ragnvald estaba en su derecho.

—Sé razonable, Svanhild. Tu hermano todavía es un muchacho...

—Ha ayudado a Olaf a expulsar a los saqueadores durante los tres últimos veranos, mientras que tú... —Se detuvo para no ofender su sentido de la virilidad, pero la expresión de Einar le dio a entender que ya lo había herido—. Einar, no quería decir eso; es Olaf quien se portó de un modo miserable por no mantener suficientes hombres aquí... Y si lo que estás diciendo es cierto... —tuvo que tragar saliva para pronunciar las siguientes palabras con calma— probablemente quería que Ragnvald arriesgara su vida contra los saqueadores del verano y que muriera antes de conseguir la tierra.

—Ragnvald es mi amigo —repuso Einar con frialdad—, pero debe de haberse dado cuenta de que Olaf no quiere soltar lo que ahora le pertenece; además, Olaf tiene amigos poderosos. A Ragnvald más le valdría empezar de nuevo en otro sitio.

—No le diré que has dicho eso —dijo Svanhild, estupefacta.

Estaba segura de que Ragnvald no sólo no se había dado cuenta de nada semejante, sino que lo consideraría una gran injusticia. Y Einar era su amigo.

—Tengo que ir a trabajar —continuó Svanhild—. Las vacas parecen hambrientas. —Habían empezado a mordisquear la hierba corta y ya mascada que tenían a sus pies.

—Svanhild... —dijo Einar, suplicante.

—Mi hermano valora la lealtad, igual que yo. Buenos días, Einar.

Su hermanastro se despidió con una expresión apenada y se fue caminando despacio hacia su herrería.

Svanhild usó la vara con las vacas más rezagadas del rebaño para conducir las por el sendero que rodeaba la orilla sur del lago. Los dominios de Olaf abarcaban todo el tramo de tierra y las granjas arrendadas a lo largo de la costa sur del lago Ardal, así como varias leguas todavía más al sur, hasta una distancia de más de una jornada a pie. Cerca del extremo occidental del lago se alzaban los restos de la casa que había construido Ivar, el abuelo de Svanhild. Ivar había sido rey de Sogn y legó las tierras a su hijo Eystein, que había ido perdiendo algunas partes cada año y que finalmente había perecido luchando junto a Olaf. Cuando éste regresó con la noticia de la muerte de Eystein, se casó con la mujer de su amigo y construyó un nuevo salón, más alejado del fiordo de Sogn y de los saqueadores daneses. Más lejos, también, de los barcos que comerciaban y traían noticias.

En uno de sus primeros recuerdos, Svanhild se veía buscando entre los restos calcinados del salón, arrancando trozos de peltre fundido de las rocas. Ahora la hierba cubría los extremos de los postes, aunque aún podía encontrar trozos de carbón vegetal entre ellos si buscaba bien. A las vacas les gustaba pacer allí, porque la hierba crecía en abundancia en la tierra quemada. Svanhild sólo recordaba a su padre por las historias que le habían contado, mientras que Ragnvald conservaba algunos recuerdos de infancia. Cuando eran más pequeños, lo único que Ragnvald contaba eran aventuras de su padre, que había visitado todos los distritos de Noruega y todas las tierras en torno al mar del Norte. Al hacerse mayores, las dudas de Olaf hicieron que Ragnvald recordara también las mentiras de su padre, el invierno en que había desaparecido sin decir palabra y su madre lo había dado por muerto.

«Se ganaba el amor de todos, pero no su confianza», dijo Olaf de él en un extraño Yule en el que, conmovido, quiso hablar de su amigo caído. Olaf, en cambio, no tenía ni el amor ni la confianza de nadie.

Svanhild sacó su huso y una madeja de lana del bolsillo, y se acomodó en el muro de piedra que separaba ese campo del si-

guiente. Le dio un capirotazo al huso para hacerlo girar y empezó a hilar la lana grasienta. En dos ocasiones se le cayó el huso al suelo por tirar demasiado del hilo, y al vellón sin hilar se le adhirieron varios trozos de musgo y tierra por los que Vigdis la reñiría más adelante. Svanhild enrolló la lana en torno al huso y se lo guardó todo en el bolsillo. Sus dedos no eran aptos para ese trabajo, y menos aún tras las palabras de Einar. Estaba convencida de que Ragnvald no habría elegido colonizar tierras lejanas sin ella, y menos después de lo que le había prometido; sin embargo, tal vez hubiera muerto en las incursiones, igual que su padre. Si Ragnvald había muerto, no volverían a caminar por el bosque hasta la cueva de las brujas, ni irían a los acantilados con vistas al fiordo de Sogn, ni verían jugar a las focas. Si Ragnvald había muerto, no podía estar contenta con su futuro: Olaf la casaría con Thorkell o con uno de sus hijos para mantener la paz. Thorkell era un animal lo bastante viejo como para ser su padre, y sus hijos eran débiles o igual de brutos. No, Ragnvald no podía estar muerto.

La lluvia caía con fuerza de un lado del fiordo al otro. El sol brillaba por encima de Svanhild, pero las nubes se acercaban desde todas las direcciones. Cuando la lluvia la alcanzó, la joven se puso la capa sobre la cabeza y se sentó al socaire del saliente de una roca. Al atardecer le entró hambre, y reunió a las vacas para llevarlas a casa.

Mientras las dejaba pastando en el campo más cercano al salón, oyó el redoble de armas de madera en el patio de prácticas. Rodeó la valla y vio cómo su hermanastro Sigurd daba unos cuantos golpes con su espada de madera contra el poste de práctica y luego la apoyaba contra la pared. A continuación, se dejó caer al suelo. Tal vez tenía las mismas preocupaciones que Einar sobre las intenciones de Olaf: Svanhild no quería que él se quedara aquellas tierras, pero seguramente él tampoco las quería. Sigurd necesitaba a todas horas que alguien le dijera qué debía hacer. No era capaz de proteger Ardal de los saqueos.

Svanhild se acercó a él y recogió la espada de práctica. Pesaba porque, por dentro de la madera, tenía el alma de hierro. En una ocasión había querido tener una espada como aquella, pero Olaf la había golpeado por ello, diciendo que si luchaba con los chicos acabaría llena de cicatrices, demasiado fea para el matrimonio. Ragn-

vald le había enseñado todo lo posible, pero en aquel entonces ella era demasiado pequeña e impaciente, y luego el trabajo doméstico le había dejado poco tiempo.

Sigurd era alto para su edad, espigado como el tallo de una planta de judías, pero ni tan fuerte ni tan astuto como lo había sido Ragnvald a sus años. Era hijo de la primera esposa de Olaf, una mujer que llevaba muchos años muerta, y que Vigdis y la madre de Svanhild habían sustituido. Sigurd era pequeño cuando llegó con Olaf para instalarse en Ardal. Svanhild y Ragnvald eran morenos, como lo había sido su padre, pero Sigurd tenía el cabello del mismo tono descolorido que Olaf; un mechón de pelo rubio le caía sobre el rostro picado de acné, enrojecido por el agotamiento.

Cuando vio que Svanhild cogía la espada, se dirigió a ella con desprecio:

—Deberías estar dentro cuidando de mi hermano pequeño.

El nuevo hijo de Vigdis todavía era pequeño y lloraba pidiendo leche a todas horas. Necesitaba una nodriza, no una chica como ella.

Svanhild levantó la espada y apuntó al cuello de Sigurd.

—No parece tan pesada. —Se balanceó ligeramente para mantener la espada firme e impedir así que su hermanastro pudiera ver que empezaba a temblarle el brazo.

Sigurd dio un manotazo a la hoja. Ella volvió a apuntar al cuello de su hermanastro.

—Trata de practicar con ella durante unas horas —dijo Sigurd—. Verás lo pesada que es entonces.

—¿Crees que a Ragnvald le habrá ido bien en sus incursiones? —preguntó Svanhild. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Einar. El borde romo de la madera se hundió en la suave carne del cuello de Sigurd, donde había empezado a crecerle la barba—. ¿Por qué no está en casa todavía?

Sigurd agarró la espada y le dio un tirón para apartarla, esta vez con más fuerza. Svanhild la soltó ruidosamente para no caer ella.

—No lo sé —dijo Sigurd de mal humor—. ¿Estás asustada? Si no vuelve a casa, yo cuidaré de ti.

Svanhild puso los brazos en jarras y lo miró con escepticismo.

—¿Por eso estás practicando?

Sigurd hinchó el pecho.

—Olaf quiere que participe en las expediciones de este verano.

—¿Igual que hizo con Ragnvald? —preguntó Svanhild, levantando aún más la voz—. Einar dice que no cree que Olaf permita que Ragnvald obtenga lo que le corresponde por derecho de nacimiento.

—¿Y por qué iba a permitirlo? —preguntó Sigurd—. Mi padre mantuvo estas tierras cuando tu padre ya no estaba para hacerlo.

—Estas tierras pertenecen a Ragnvald —repuso Svanhild, enfadada—. Olaf sólo tenía que cuidar de ellas, tal como se acordó.

—La tierra pertenece al hombre que puede mantenerla —dijo Sigurd. Su tono de voz sonó al mismo tiempo complacido y avergonzado, como cuando, siendo Svanhild pequeña, le había quemado todas las muñecas—. En cualquier caso, mi padre ha dicho más de una vez que es muy probable que Ragnvald no vuelva. Las incursiones son peligrosas.

Svanhild lo miró.

—Sobre todo... sobre todo si no puedes confiar en los hombres con los que navegas. Sobre todo si alguien no quiere que vuelvas a casa.

Su suposición apenas había cobrado forma cuando pronunció estas palabras, pero de pronto cobró sentido. Olaf se había negado a dejar que Ragnvald participara en las expediciones hasta entonces, después de comprobar que el hijo que le había dado Vigdis había conseguido sobrevivir a los peligrosos años de la primera infancia.

Sigurd la miró como si se sintiera culpable, confirmando su suposición. Svanhild se ruborizó.

—Tú, tú... *ting*.

Sigurd se agachó para coger su arma. Cuando empezó a levantarse, Svanhild le lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas, acertándole de lleno en la mandíbula. Sigurd soltó una maldición y cayó otra vez en la hierba. Svanhild le pisó la mano que buscaba el arma.

—¡Es la mano que uso para la espada! —protestó.

—Si no la usas para defender a tu familia, ¿de qué te sirve?
—Svanhild le clavó el talón en la palma de la mano.

—Olaf es mi familia. Tú sólo eres...

—¡Olaf y mi padre eran como hermanos! —gritó Svanhild, presionando con más fuerza.

—¡Me estás haciendo daño, pequeño troll!

—¡Bien! Es lo que quiero.

A Svanhild también le dolía la mano de haberle golpeado, un dolor sordo que se intensificaba por momentos. No se había roto nada —lo sabía por experiencia—, pero, si no metía la mano en la nieve pronto, se le hincharía y no podría usarla durante una semana.

—¡Cuéntame por qué no vuelve!

—Sólo he oído rumores —respondió Sigurd, y la tiró al suelo de una patada.

Svanhild cayó de culo en la hierba, pero enseguida se incorporó, sujetándose la mano.

—¡Te voy a dar otra vez! —amenazó Svanhild.

Sigurd, sin embargo, se había dado cuenta de cómo se aguantaba la mano y sabía que, una vez perdido el factor sorpresa, ella tenía pocas posibilidades de hacerle daño. El joven se levantó de un salto y la agarró por los dedos amoratados, casi levantándola del suelo y apretándole brutalmente los nudillos.

—¡No, no lo harás! —gritó Sigurd con voz chillona—. Nunca volverás a pegarme, o te destrozaré esta mano y la bruja del bosque tendrá que cortártela.

Sigurd apretó un poco más, y Svanhild sintió que se le saltaban las lágrimas. Si le pisaba el pie, tal vez la soltaría... O tal vez cumpliría su amenaza. La rabia que le había dado fuerzas para golpear a Sigurd se vio reemplazada por un temor que la dejó temblando.

Ascrida acudió corriendo, con la falda aleteando a su espalda.

—¡Sigurd, suelta a tu hermana! —Los miró fijamente y movió la cabeza—. Svanhild, ven conmigo.

—Pero es que Sigurd ha dicho...

Ascrida la fulminó con la mirada. Svanhild cerró la boca.

